

Subalternas del modelo

Laura E. Asturias / LACUERDA

Dicen por ahí que el poder corrompe y, si a eso vamos, por qué negarlo: las mujeres, por muy buenas que nos hayan querido hacer desde que gritamos *ya vine al mundo*, no somos todas ni siempre unas mansas palomas. Y cuando se trata de nosotras cuesta admitirlo, porque al hacerlo deseamos la noción de que somos *virtuosas por naturaleza* en un mundo que nos quiere así, o no nos quiere. Dejar de ser tan buenas es una afrenta finamente castigada.

Dado que una publicación feminista que se respete a sí misma debe hacer énfasis en lo que anda mal y no sólo con los hombres, podríamos empezar a pensar en cómo las mujeres abusamos o podemos abusar del poder, cuando lo tenemos.

Ya lo sé: al destapar este tema no faltarán compañeros que con enorme entusiasmo se apresten a escarbar todas las formas en que las mujeres abusamos. Y es casi seguro que lo harán sin ver la viga en su ojo, obviando que la mayor cantidad de abusos contra varones, mujeres y pequeñas personas viene de su propio género. Aun así, si esperamos que ellos sean *lo suficientemente hombres* para aceptar nuestras críticas, seamos *verdaderas mujeres* para revisar conductas entre nosotras.

¿Qué evoca eso de *mujeres poderosas*? Entre las más visibles que conocemos está Madeleine Albright, secretaria de Estado de la administración Clinton, quien impulsó los ataques bélicos contra la ex Yugoslavia. Y en el clásico estilo de los gobiernos gringos, tampoco vaciló en presionar a los cancilleres de numerosos países a fin de que no apoyaran la creación de la Corte Penal Internacional.

Otra para nunca olvidar: la *dama de hierro* Margaret Thatcher, ex primera ministra británica, quien sigue defendiendo a su amigo, el genocida Pinochet, pese a los crímenes de lesa humanidad cometidos por éste.

Lo que ambas tienen en común es, sencillamente, una fuerte dosis de poder. Pero no un poder para beneficiar a las mujeres, sino uno mandado para perpetuar el poder de los hombres. Son subalternas masculinamente empoderadas.

En las vidas de las mujeres comunes hay otros ejercicios cotidianos, sean sutiles o abiertamente violentos, en los que algunas abusan de su cuota de poder. Se me ocurren algunos ejemplos. Poquitos pero ilustran.

Tienen al novio esperando horas porque saben que el pobre está tan *babacaída* que va a aguantar lo que a todas luces es una falta de respeto. Las colegas y otras congéneres tampoco se salvan: desde posiciones de mayor jerarquía, unas las descalifican en el trabajo, hablan de ellas a sus espaldas en lugar de dirimir diferencias frente a frente. También las explotan.

Es un abuso de poder tratar mal y pagarles peor a las *empleadas domésticas*, a quienes se les exige que hagan y deshagan hasta lo indecible para toda la familia. Es larga, y bien lo sabemos, la lista de esas tareas miserablemente remuneradas.

¿Y con la prole? Pues algo parecido: en ausencia de papi (sea que exista o no), la niña o el niño deberá hacer lo que mami dice, sin explicaciones, con manipulación y humillaciones. Porque ella manda y punto.

Todo lo anterior, apenas algunas manifestaciones de poder abusivo vistas a vuelo de pájaro, es exactamente lo mismo que hacen muchos hombres con nosotras y con otros. Es el estilo de poder que ellos han aprendido y el que les hemos copiado. Cosas de la cultura patriarcal, de la *necesidad* de mantener ese sistema utilizándonos como peones y promotoras de sus postulados, actitudes y conductas.

El asunto es que si queremos un mundo equitativo para nuestro género, también las mujeres tendremos que desterrar de todas nuestras relaciones el modelo de abuso que nos han inculcado. Porque ya no se vale, pues.

Fuente:

[LACUERDA](#), Año 3, No. 31

Guatemala, enero-febrero de 2001